

SALVATORE QUASIMODO

La obsesión por la palabra

Victima de un ataque cerebral falleció en una clínica napolitana el pasado 14 de junio el poeta italiano Salvatore Quasimodo, premio Nobel de Literatura 1959. Su muerte ha producido gran consternación en todo el país que se enorgullecía legítimamente de poseer uno de los nombres más prestigiosos de toda la literatura contemporánea. Quasimodo nació en Modica, provincia de Siracusa, el 20 de agosto de 1901. Comenzó estudios técnicos que tuvo que abandonar por falta de recursos económicos. A los veinte años, en Roma, se dedica al estudio intenso de las lenguas latina y griega: es un completo autodidacta. Trabaja en esa época como funcionario del «Genio Civil», lo que le permite recorrer palmo a palmo varias regiones italianas, y familiarizarse con dialectos, expresiones distintas, giros nuevos... El verdadero campo de acción del poeta Quasimodo, obseso por la perfección en sí de la palabra. Literariamente, creativamente, se formó en la tendencia de la poesía hermética, aunque sin llegar a los extremos de un Ungaretti. Frente a esa sugestión de la palabra aislada que proclamaba el hermetismo, Quasimodo señalaba la importancia de la palabra significativa: poesía desnuda, inmediata, íntima; poesía nostálgica de su paisaje siciliano; poesía surgida de una intensa y laboriosa búsqueda. Algún crítico subrayó que en su tarea creativa «más que las imágenes importa la palabra como célula elemental». Junto a este trabajo de creación poética, de elaboración de un mundo artístico personal, Quasi-

modo se dedicó, con la misma fogosidad que ponía en todo trabajo, a re- vitalizar clásicos olvidados, como Petrarca o Leopardi. Tradujo «Las Geórgicas», «La Odisea», «Carmina» de Catulo. Y también poetas contemporáneos: García Lorca, Eluard y Eliot. Su primer libro de poemas —«Acque e terre»— data de 1930. Influído entonces por D'Annunzio y el simbolismo fran-



cés, Quasimodo adaptó a su personal visión de la naturaleza una temática de carácter sensual y mítico. Evolucionó poética e ideológicamente hacia formas de mayor compromiso a través de una serie de obras de entrañable latido cordial y lírico hasta llegar —en 1946— con «Con il pie di straniero sopra il cuore» a un tipo de poesía civil tan apartado de sus fórmulas primeras como de lo que vulgarmente se entiende por poesía social, gracias a un empleo de la palabra preciso y enormemente incisivo, sin abandonar nun-

ca su obsesión por la palabra como reveladora de la realidad. «Giorno dopo giorno», de la misma fecha, es otra de las obras en que la madurez poética de Quasimodo alcanza sus mejores resultados. Como antologista, preparó el libro «Poesía italiana de la posguerra» —1957—. En 1960 y 1961 publicó, respectivamente, sus trabajos de crítica literaria: «El poeta y el político» y «Escritos sobre el teatro». El premio Nobel concedido en 1959 sancionó internacionalmente la categoría artística de Salvatore Quasimodo.

DESNUDO EN TRES ACTOS

Teatro último de Broadway

«Hair» (cabellos) es la única obra de cierto interés que ofrecía Broadway a finales de mayo. Descubierta en un teatrillo del East Village neoyorquino por el productor Joseph Papp, fundador del New York Shakespeare Festival, fue transformada en una comedia musical y estrenada en un local de Broadway. Se compone de una serie de cuadros que tienen como motivo la actitud de protesta de los jóvenes norteamericanos: protesta contra el militarismo, contra la imposición publicitaria de la American Tobacco Company, y defensa de la marihuana; protesta contra la represión de los instintos y exaltación del amor libre.

Una de las escenas más impresionantes de la obra es cuando un individuo va a la oficina de reclutamiento en donde se le somete a un corte de pelo. Mientras dura la operación, el coro entona un largo y fascinante himno a los cabellos «largos, hermosos, brillantes, aceitosos, ondulados, cabeceillos».

La novedad de «Hair» consiste en el hecho de que las formas más o menos rígidas en que nacieron espectáculos como «Oklahoma» o «West Side Story» han podido adaptarse con la máxima naturalidad a temas y personajes absolutamente actuales. Por el contrario, los desnudos en escena no constituyen ya novedad. A lo largo de la actual temporada, tanto en los de Broadway como en los de «off» Broadway, se han estrenado nueve o diez

espectáculos en los que los actores aparecían completamente desnudos o vestidos sucintamente.

El primero de esta serie de espectáculos fue «The Prime of Miss Jean Brodie» (La primavera de la señorita Jean Brodie). En esta obra, la modelo posa desnuda para éste. En «The Christmas Turkey» (El pavo de Navidad) la utilización del desnudo sirve para desentrañar complicaciones raciales. En otro de los mayores éxitos de la temporada teatral, «Scuba Duba», hay también una escena de desnudo parcial o más exactamente de «topless». Finalmente, tenemos la comedia «Tom Paine», que ha alcanzado en Broadway un éxito clamoroso. Esta obra sobre la vida del conocido revolucionario inglés —especie de Garibaldi del otro lado del Atlántico—, que fue el único que se atrevió a criticar abiertamente el militarismo de Jorge Washington, había sido ya representada en el Festival de Dos Mundos, de Spoleto. En el segundo acto de la obra hay una especie de sueño en el que el protagonista es rodeado por bellísimas mujeres cubiertas con velos transparentes.

Lo curioso de todo esto es precisamente la rapidez con que el teatro, que siempre ha sido un medio de expresión bastante conservador, ha sabido adaptarse a los vientos de renovación que soplan por el mundo. Es evidente que el código de autocensura de los productores de Hollywood, revisado hace año y medio, ha quedado

totalmente desbordado. Nadie se preocupa ya de controlar si una escena está de acuerdo con sus normas. La definición de obscenidad que rige actualmente en los Estados Unidos se halla contenida en una sentencia del Tribunal Supremo que data de 1957. Dice esta sentencia: «Están prohibidas aquellas manifestaciones que, para el individuo medio y, aplicando las

normas de juicio de la sociedad contemporánea, se centran en algún tema que, considerado en su totalidad, despierta sentimientos lascivos». Sin embargo, hay que tener en cuenta que en el mismo tribunal, en un juicio precedente, se habían concedido ciertas prerrogativas, tanto en el teatro como en el cine. (Información de Corrado Augias.)

Cuando los negros son necesarios

Los candidatos a las elecciones americanas han integrado en sus equipos de trabajo a negros. ¿Razones? Publicidad y eficacia. Por ejemplo, Rockefeller tiene en su estado mayor a Jackie Robinson, jugador de baseball, y a Warren Gardner. Mike Monroe, que ha trabajado en medios informativos, dirige el servicio de prensa del Comité Nixon para la Presidencia. El profesor de derecho en la Universidad, Howard, ha colaborado con McCarthy en las primarias de Wisconsin. Otro negro, G. Booker trabaja para Humphrey. Robert Kennedy contaba con el antiguo campeón olímpico de decathlon, Rafer Johnson, entre otros.

Minifalda: peligro de muerte en Grecia

De una circular publicada por el Ministerio de Salud Pública en Atenas: «las bellas turistas en minifalda que se pueden ver, en verano, en los museos, en las plazas públicas y en los cafés, son muy frecuentemente peligrosas. Debéis evitarlas. Si no, os exponéis a contrar enfermedades venéreas».

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Chumy Chuméz, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, R. López Goicoechea, A. López Muñoz, Víctor Márquez Roviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Cifra y Archivo.